



Cita en el aire

FASCÍCULO OCTAVO



9
de
88

Severiano Gil

CAPÍTULO DIECINUEVE

AERÓDROMO DE *SANIA RÁMEL*, TETUÁN

Poco había disfrutado Peñafiel de su cuarto en el hotel *Nacional*; su entrevista con la vecina de habitación duró hasta las diez de la noche; salieron para cenar en el hotel *Regina* y, de paso, tomarle el pulso a la ciudad, de noche, y fue una forma de olvidar por completo que sus gestiones de la mañana habían acabado con el convencimiento de que era extremadamente difícil conseguir un buen *enchufe* en cualquier puesto de la Alta Comisaría.

Su acompañante, de la que sólo sabía que se llamaba Sara, había sabido estar a la altura, a pesar de aquel recato inicial que les hizo tomar la primera copa en su habitación y que, seguramente, fue una mera excusa para iniciar el encuentro. Nadie la llamó por teléfono; cenaron, bailaron y bebieron hasta que fue aconsejable tomar el aire antes de coger un coche que les llevara de vuelta al hotel. Pero no hubo reposo, Sara consiguió de Peñafiel que se exprimiera a sí mismo, como un modo más de deshacerse de toda la inquina que acumulaba, antes de partir para España a ver a los suyos. Se separaron con una sonrisa, sin hacer preguntas y sin plantearse futuros ignotos y no deseados; ella se quedó en su cuarto, satisfecha y remolona, y él se tendió en su cama sin desnudarse siquiera, por lo que amaneció tan cansado y ojeroso que ni siquiera la ducha fría que tomó le despejó del todo.

Al pagar la cuenta, encargó un ramo de dos docenas de rosas para la ocupante de la habitación 107, y fue hasta el aeródromo en taxi.

No sabía si tomarse una aspirina o esperar a que el sudor del miedo a volar le hiciera expulsar los residuos del alcohol ingerido; pero, cuando llegó a la terminal, olvidó su malestar al comprobar que iba muy justo de tiempo, disponiendo apenas del suficiente para mostrar su billete y encaminarse hasta el Junker, que ya estaba poniendo sus motores en marcha.

Solamente había seis pasajeros en el interior del avión, por lo que no tuvo problema en ocupar un asiento junto a una ventanilla; si había algo que le inquietara más que volar, era hacerlo dentro de un lugar cerrado y sin poder ver.

El campo de *Sanía Rámel* estaba triste y gris a causa de las nubes que llegaban del mar ahora, y hasta el trepidar de los tres motores del avión parecía menos violento que otras veces. El aparato comenzó a moverse y, en una visión fugaz, Peñafiel tuvo la oportunidad de ver una camioneta *Jeep* que rodaba hacia la salida remolcando una cisterna.

Todo el entramado de interrogantes estalló entonces como una pompa de jabón frente a sus ojos. Bachir en Tetuán, en persona; el mismo Studebaker color azul y blanco, la camioneta y el remolque que iría lleno de gasolina seguramente. No le costó trabajo asociarlo todo: aeródromo, cisterna y contrabandista...

El muy astuto había vuelto a las andadas y manejaba una red de contrabando bajo las mismas barbas de las autoridades españolas; hacía falta saber cuál era el avión con el que introducían la gasolina en el aeropuerto, pero lo demás estaba todo bien claro.

Mientras el trimotor de *Iberia* tomaba altura, y Ceuta aparecía bajo el ala derecha, Vicente Peñafiel empezó a trazar su plan.

BASE AÉREA DE *TAUIMA*, NADOR

El camión entró dando tumbos y se estacionó en la parte más alejada de los hangares, algo más allá de la torre de control. Inmediatamente, los soldados comenzaron la descarga ayudados con una grúa hecha con cabrias y polipastos.

Antes de comer, Martínez y Quintana se acercaron a ver el final del trabajo, y el montón de chatarra había quedado depositado en el suelo, como si se tratara de un valioso tesoro encontrado bajo la arena por casualidad. Los tubos retorcidos, el metal quemado y el plexiglás ahumado apenas dejaban reconocer el aparato, pero Rafael estuvo seguro, en cuanto lo vio, de que era el avión que había seguido en vuelo sobre la frontera.

—Es un Westland —dijo Quintana— ¿Lo reconoces?

—Por supuesto —afirmó el teniente, señalando la matrícula impresa sobre una plancha quemada del fuselaje.

—Pues, por las trazas, este aparato llevaba combustible por todos lados; de esa forma metían el contrabando... ¿Quién lo dejó así?

Rafael se encogió de hombros, mientras otros compañeros pilotos se acercaban a inspeccionar el motor, deformado y con la hélice doblada y rota; una de las patas del tren de aterrizaje estaba retorcida pero identificable; el fuselaje, calcinado, y las alas, que los soldados habían depositado en el suelo, como si una apisonadora hubiera pasado sobre ellas.

—Para que luego digan que yo no tenía razón —comentó Martínez—. Lo que me gustaría es saber quién fue el valiente que les dio *p'al pelo* —fingió, incluso ante su amigo, respetando la promesa hecha a Peñafiel.

—Puede que fuera un arreglo entre los mismos contrabandistas, pero, desde luego, lo que no ha sido es un accidente, mira todos esos agujeros de bala que tiene.

—Ya los veo.

Dieron la vuelta y se alejaron de los restos del aparato de Ibarra. Martínez, sin decir nada a Luis, se sentía mejor después de todos aquellos días llenos de extrañas tribulaciones, aunque la corrupción de los altos cargos continuaba preocupándole y asqueándole. Por eso, al saber por el propio Peñafiel que se empezaban a tomar medidas, se sentía infundido de buenas esperanzas que saciaban su sentido ético. Y pensar que había juzgado a Peñafiel como a uno de aquellos...

—Todo está podrido, ¿eh? —comentó Quintana, sabiendo cómo pensaba su amigo— ; aunque las cosas son así. No se puede cambiar todo a las primeras de cambio, y aquí, desde antes del *desastre* del veintiuno, el que no se busca la vida para llenarse la cartera, es que es tonto..., como tú y como yo.

—En todo caso —dijo Rafael—, como yo, que tú ya la tienes bien repleta.

—Sí, pero por eso no me vayas a incluir en tu lista de indeseables, ¿eh? Ni a mi ni a todos los que se han ganado lo que tienen a base de trabajo honrado.

—Nunca he dicho yo nada en contra —se detuvo Rafael, detectando un ligero tono de rencor en las palabras de su amigo.

—No, pero por si acaso —sonrió el otro—. No vayas a hacer tabla rasa y condenes a la hoguera a todo el que tenga dinero.

—Descuida, que yo sé a quienes meter en el mismo saco.

—Lo dudo, Rafa; es muy difícil, tanto evitar estar pringado, aunque sea de refilón, como detectar quiénes están haciendo el agosto ilegalmente. Si no fuera así, ya estarían todos entre rejas, ¿no te parece?

Martínez miró a su amigo, y se preguntó si podría considerarlo como un aliado. Desde que Peñafiel le había revelado el *Gran Secreto*, no dejaba de considerar nombres a los que hacer partícipes de los nuevos vientos purificadores que soplaban en el Marruecos español.

—Vuelas esta tarde conmigo, ¿no? —preguntó Quintana.

—Sí, pero con este tiempo... —Rafael señaló el cielo cubierto de nubarrones.

—Algo se podrá hacer; al menos, una hora en el aire no nos la quita nadie.

—Pues, como no nos demos prisa...

PALMS FIELD, BÉCHAR

Howard aterrizó en el aeródromo de *Air Touareg* a su regreso de Tánger; Claire, como siempre, le esperaba en la rampa, y juntos subieron a *operaciones* para leer el parte meteorológico frente al mapa de la zona.

La atmósfera había evolucionado desde que saliera para Tetuán la tarde anterior, y la chica no había exagerado cuando llamó a Tánger para advertirle. Lo que era un frente cálido procedente de las Azores, con cirros y cumuloestratos que se adentraban desde el Oeste, se había convertido, al escalar las laderas del Atlas y enfriarse, en una muralla de aire menos caliente cuyo borde oriental tocaba el estrecho de Gibraltar y rechazaba hacia el Sur, con su aire denso y más estable, a una leve borrasca mediterránea, que había acabado por convertirse en un núcleo ciclónico más importante que enviar masas de cúmulos en todas sus variantes y en grandes cantidades.

El piloto sabía lo que vendría después, no en vano se había pasado un par de años volando sobre el Mediterráneo; primero, las nubes bajas llegarían junto con un aumento del viento y un descenso de las temperaturas; aparecerían en primer lugar los estratocúmulos y, después, los cumulonimbos y nimbos, y se acabarían los vuelos mientras durase el paso del frente.

Ya había podido notar, en el largo vuelo de regreso desde Tánger, cómo el horizonte se poblaba de nubes por oriente, y los cirros delgados, heraldos de tempestad, se habían adueñado de las capas altas de la atmósfera: eran una señal inequívoca de que el mal tiempo se avecinaba.

Howard leyó el papel y caminó junto a Claire en dirección a la sala de estar, donde los dos ingenieros franceses habían montado una especie de puesto permanente de solaz, sólo interrumpido por algún que otro trabajo menor relativo al *Mehari*.

—Vamos a tener movimiento, ¿eh? —comentó él, mientras recorrían el pasillo.

—Habrá tormenta —dictaminó ella, ojeando un pequeño mapa sobre el que había dibujado círculos concéntricos de anticiclones y borrascas—. Tanto papá como yo estamos de acuerdo en adelantar el vuelo de pasado mañana mientras se pueda; hay que vaciar los tanques antes de que llegue el *Languedoc* con los veintisiete mil litros, ¿qué te parece?

—Como tu digas, eres el ingeniero —sonrió—; aunque, tal vez, habría que aligerar un poco el *Mehari*.

—¿No estarás demasiado cansado para salir esta noche?

—No, hay muchas horas por delante para tomarme un buen descanso.

Entraron en la sala de estar y les recibió el rumor aquilatado de la música de Tchaikovsky; Albert y Julien, inclinados sobre sus notas y papeles, levantaron la vista y se alegraron de verle.

—Va a haber mal tiempo, ¿eh? —comentó el primero.

—¿Malo? ¡Qué va...! —bromeó Howard, apartando libros que ocupaban el tablero de ajedrez y leyendo prolijamente el informe del servicio de vuelo de Orán—. Apenas una brisa.

—Una fuerte borrasca —intervino Julien, con su difícil inglés lleno de *erres* huecas—. La misma que nos peinó con su borde meridional hace unos días; se ha cansado de vagabundear por el Mediterráneo y ahora vuelve a la carga.

—¿Cómo es de fuerte? —preguntó Albert, abandonando un gran pliego de papel, impreso con los trazos rectos del dibujo en detalle del sistema de purga rápida del *Mehari*.

—No demasiado —leyó Claire por encima del hombro de Howard—, pero lo suficiente para entorpecer los vuelos de las rutas del Norte.

—Rachas de treinta y cinco nudos... —comentó Howard—. En Argel y Orán debe de estar lloviendo.

—¿Para cuándo calculas que estará sobre nosotros? —inquirió ella, ayudándole a desembarazarse de la parte superior del mono de vuelo sin que Howard dejara de interpretar las líneas isobáricas.

—Para mañana o, lo más tarde, pasado; aunque puede que no llegue hasta aquí, pero sí afectará de lleno a la ruta de Tánger.

—Fenomenal —comentó Albert—; incluso sin alcanzarnos el núcleo de la tormenta, el viento arrastrará polvo y arena del puñetero *Erg* y nos llenará los platos de barro antes de probar el primer bocado.

—Bueno —Julien se puso en pie y mostró un dibujo en alzado del biplano—, eso nos dará la oportunidad de probar el *Mehari* con mal tiempo, ¿eh?

—Pedazo de... —Howard sonrió—. El que va a estar ahí arriba seré yo.

—Ya lo sabemos, y no te enfades —fingió calmarle ella, señalando al ingeniero—, te ha terminado la calefacción; ya sólo queda conectarla, y eso es cosa de media hora de trabajo.

—Vaya —Howard se estiró, entumecido por el tiempo pasado dentro de la cabina, y echando de menos comida y descanso—, es un consuelo saberlo.

TETUÁN, DOMICILIO DE BACHIR

El teléfono repiqueteó, lejano, como informando de la distancia que mediaba entre ambos corresponsales, y Bachir lo descolgó para oír la voz de Sara.

--Sólo está de paso —dijo ella--. Va a Sevilla a ver a su hija, y regresará mañana a Melilla.

--Tocará aquí entonces.

--Hará la escala de siempre —aclaró la mujer--, un par de horas hasta seguir viaje a Málaga.

Sara Oaknin había cumplido a la perfección, como siempre. En apenas dos años, había hecho tres o cuatro trabajitos como aquél, todos con el mismo resultado eficaz, y a cambio de una gratificación casi testimonial.

La conocía en cambio desde hacía mucho tiempo, cuando su marido y Bachir eran amigos y socios en negocios de importación-exportación que utilizaban las especiales condiciones de Tánger para conectar, vía Gibraltar, con medio mundo necesitado de productos variados y, casi siempre, lujosos.

Pero Isaac Benaúda murió repentinamente; una enfermedad rara y poco evidente convirtió, entonces, a la bella Sara, en una madura viuda respetable, pero con un porvenir no demasiado risueño al carecer de los ingresos familiares.

Sola y sin hijos, pensaba recurrir al regreso al hogar paterno, en Rabat, para convertirse en cualquiera sabía qué modelo a seguir de mujer golpeada por la desdicha de haber perdido a su esposo tan inesperadamente. Pero Bachir intervino; siguió contando con ella a la hora de repartir beneficios de la sociedad y, a cambio, le pedía algún que otro favor como aquél, aprovechando las relaciones sociales que una mujer tan bella y elegante mantenía en los círculos interesantes de la capital del Protectorado.

--¿Ha hablado algo de nosotros?

--Ni una palabra, pero me ha contado que espera conseguir un destino aquí, en Tetuán.

--¿Le volverás a ver?

--Si coincidimos...

--Sigue entonces en el hotel, y llámame si ocurre algo.

--Como tú digas, mientras pagues la factura, yo encantada.

Oyó la risa elegante de Sara antes del chasquido al colgar el aparato.

BASE AÉREA DE *TAUIMA*, NADOR

Martínez nunca había tenido un aterrizaje tan duro; volaba en pareja con el Heinkel de Quintana y, cuando enfrentaron la pista de hierba, apreciaron la fuerza del viento que soplaba del sudeste.

Convencidos de que aterrizar juntos era una insensatez, Luis, como más antiguo, tomó el mando y agitó las alas a modo de señal, advirtiendo por radio que aterrizaría primero para servir de conejillo de indias al menos veterano.

Rafael hizo la señal de *entendido* sin usar el emisor, con el pulgar hacia arriba, y dejó que su caza fuera barrido por el viento con sólo alzar un poco el ala de barlovento; el He-112B salió disparado en dirección a los despeñaderos del Sur del Gurugú.

Mientras efectuaba un amplio círculo para dar tiempo a Luis a posarse, tuvo que hacer valer todas las enseñanzas recibidas para dominar el brioso caza, que protestaba al volar con el viento de cola. Después, viendo a Quintana posarse, y él orientado de nuevo al Este, le llegó la primera rociada de lluvia que se estrelló contra el pequeño parabrisas. Temió perder de vista el campo en medio del chubasco, pero, a pesar del agua, aún era visible el llano donde se asentaba el aeródromo cubierto de pasto. Dejó atrás la cuenca minera de Uixan y planeó forzosamente hacia *Tauima*.

Con el ala derecha baja y el timón izquierdo pisado a fondo, se enfrentó con otro chaparrón justo antes de que las ruedas tocaran el suelo. Luego, vino el trabajo de mantener al Heinkel alineado y, cuando la velocidad decreció lo suficiente, todo el problema desapareció; la lluvia era suave, el viento otro tanto y, controlar el avión mientras carreteaba, un juego de niños.

Cuando saltó del He-112B, Martínez se dirigió hacia el avión de Quintana.

—Hemos tenido suerte, ¿no?

—¡Y que lo digas! —suspiró, aliviado, su compañero—. La única zona despejada era ésta; si llegamos a entretenernos más sobre el Muluya, nos quedamos en el aire sin poder aterrizar.

Señaló, mientras hablaba, hacia el Este, el Sur y el Norte; y Martínez tuvo que admitir que aquel día habían tenido la fortuna de cara. Todo eran nubes bajas que se arrastraban sobre los cerros, ennegreciéndolo todo. El viento soplaba cada vez con más fuerza, mientras que el personal de tierra introducía los dos aparatos en el hangar y, poco después, la lluvia caía con más persistencia.

—Se acabó —dijo Martínez, al echar a andar hacia la oficina del grupo—. Estamos bajo mínimos.

Los dos tenientes contemplaron el llano de Bu-Arq, apenas visible, hasta que la neblina de la lluvia lo cubrió por completo; era como si todo lo que rodeara a *Tauima* hubiera dejado de existir.

PALMS FIELD, BÉCHAR

Albert colgó el teléfono y negó con la cabeza, mientras Claire llenaba cuatro tazas de café.

—Continúa el mal tiempo en toda la zona; aunque, como tú decías, en Taza parece ser que hay algo de mejoría, pasajera desde luego, pero que te hará posible hacer el trayecto hasta Tánger.

Howard volvió a leer el mapa; el frente que ejercía de avanzadilla seguía elevándose, apoyado en el aire menos cálido del Atlántico, y enturbiando la atmósfera, pero pasaría al cabo de unas horas, y ése sería el momento de salir hacia Tetuán y Tánger; tenía que meterse entre los dos frentes. Había estado estudiando la velocidad de progresión de la borrasca, y estimó que tendría tiempo suficiente para ir y volver a través del pasillo existente entre las dos masas turbulentas que viajaban hacia el Oeste.

Pero faltaban todavía horas hasta que pudiera despegar; la mejoría de Taza, teniendo en cuenta la forma curvada del primer frente, indicaba que las masas nubosas todavía estaban por alcanzar Tetuán y el estrecho de Gibraltar. Si se mantenía la velocidad de progresión, dispondría de siete u ocho horas para volar por el callejón de aire menos turbulento formado entre el primero que pasaba y el que venía desde el Este, sobre el río Muluya.

Claire consultó el reloj; eran las cinco de la tarde, y ya habían tenido que retrasar el despegue dos horas.

—¿Cómo está Tetuán? —preguntó la chica.

—No está cerrado: chubascos dispersos, pero se espera que se generalice la lluvia en toda la zona; neblinas y punto de rocío relativamente alto; cuatro octavos de cúmulos a trescientos ochenta pies, y viento del segundo cuadrante a dieciocho nudos —miró a Howard.

—Eso no es problema —respondió éste—, lo que me preocupan son esas rachas y turbulencias que nos ha comunicado Fez.

—Pues en Uxda, agarraos —movió la cabeza el ingeniero—: han medido rachas de ciento veinte por hora, y tiende a empeorar.

Howard se volvió de espaldas para anotar cosas en el mapa, actualizándolo con los datos que estaban recibiendo por teléfono y, en alguna ocasión, por radio.

Decididamente, tendría que arriesgarse y aprovechar el pasillo entre los frentes; de no hacerlo, aquella tremenda borrasca de más al Este podía mantenerles en tierra casi una semana, y no podía permitirse ni el retraso en el correo ni la acumulación de gasolina en los depósitos de *Palms Field*.

Abajo, en su hangar, el *Mehari* estaba cargado y listo para el despegue, pero ya habían contado con un buen retraso desde el principio.

Albert se acercó y miró el mapa con ojo de experto también.

—Me temo que la demora se va a prolongar —opinó.

—Por mí, encantado —Howard miró a Claire—. Prefiero dormir aquí que en el hotel de Tetuán.

—No me hace ninguna gracia tener que almacenar gasolina en petacas, a la vista de cualquiera, en el caso de que llegue mañana el *Languedoc* —comentó ella, respondiendo con una sonrisa a la significativa mirada del piloto.

—¿El *Languedoc*? —Howard señaló los datos que había anotado sobre Argelia—. No creo que pueda salir de Argel.

—*Air France* ha suspendido su correo de Casablanca —comentó Albert, e *Iberia* va a tener que dejar su trimotor en Tetuán en cuanto aterrice, porque Nador está cerrado —el ingeniero le guiñó un ojo—. Hazme caso, *Hard*, prepara el pijama y sueña con una noche en Béchar.

Los tres rieron la intencionalidad de las palabras del francés, mientras que, fuera, aún con el cielo claro, la manga de viento comenzaba a dar síntomas de nerviosismo, a la vez que el anemómetro giraba erráticamente sobre el mástil de la veleta.

A BORDO DEL JUNKER DE *IBERIA*, SOBRE EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

Peñañiel abandonó Sevilla con la sensación de siempre. No había ocasión en que se despidiera de su familia que no le asaltara aquel sentimiento de culpabilidad no determinada que tan incómoda le hacía la partida.

Su mujer, muerta durante la guerra, le había dejado una hija a la que la vida con los abuelos había convertido en una chiquilla de once años caprichosa y malcriada; Vicente lo reconocía, pero nunca había permanecido en aquella casa el tiempo suficiente para verse obligado a soltar una regañina a aquella señorita, que le recordaba extraordinariamente a la madre difunta, lejana y borrosa a pesar de las fotos.

Nunca había estado más de dos días en Sevilla, pero aquella vez su visita había rayado en lo fulgurante; llegó a su casa poco antes de la hora de la comida, pero se encontró con que tan sólo estaba allí su padre, viejo, achacoso y tardo en reacciones; su madre y la niña estaban en Écija, en casa de unos primos, y Vicente se imaginó la eterna tarde y la no menos larga noche departiendo con aquella sombra del que había sido aguerrido militar en las campañas de Cuba y Filipinas.

Simuló unas prisas que no eran del todo ficticias; al fin y al cabo, tenía que tomar el avión de vuelta al día siguiente, pero el recuerdo de Sara, solitaria y aburrida en la habitación 107 del hotel *Nacional*, le impulsaron a engullir un almuerzo rápido, alertar al chófer y despedirse de su padre justo a tiempo para tomar el vuelo de vuelta a Tetuán.

De todas maneras, era preferible así: una visita relámpago y el encargo a Rosario, la sirvienta, de que entregara a su madre una cantidad de dinero para la niña; luego protestaría la abuela, pero se quedaría el metálico que les libraba de las estrecheces que sufrían todas las familias españolas de aquel tiempo. Así, con el pretexto de cubrir los gastos de su hija, Peñafiel colocaba a nivel las arcas de la familia en cada visita.

El avión correo tomó tierra en *Sania Rámel* y, antes de que abandonaran el aparato, la azafata les advirtió de las nefastas condiciones de tiempo. Peñafiel se quedó en la terminal del aeródromo, indeciso; la advertencia de que, probablemente, se interrumpieran los vuelos hasta Málaga y Melilla durante un tiempo, podían obligarle a excederse en los días de permiso que le restaban, y no quería permitirse el lujo de arribar con demasiado retraso.

Quedarse en el aeródromo era, pues, la única solución, y esperar que aquella mejoría pasajera de la que hablaban permitiera despegar al avión con tiempo de presentarse, el día siguiente, en su regimiento.

Se resignó a no ver a Sara, y llamó por teléfono a su amigo Jorge Medina, a pesar de que sabía lo que iba a decirle, lo que no contribuiría a sostener sus esperanzas de salir de Mídar. Había, eso sí, unas remotas posibilidades de encontrarle un hueco en la Oficina de Asuntos Indígenas; pero lo que Vicente quería, un puesto en la *Mehal-la* o el cargo de interventor de zona en cualquier lugar del Rif Occidental, era demasiado aspirar, y así se lo dijo el otro.

Peñafiel, no obstante, le dio las gracias, pidiéndole que no echara en saco roto aquella otra ligera posibilidad. Colgó y, sin otra cosa que hacer, se acercó a uno de aquellos curiosos ventanales semicirculares de la terminal tetuaní para comprobar que la lluvia empezaba a caer, mansamente, a la vez que la visibilidad se reducía a intervalos cada vez que un chaparrón se espesaba.

Mala cosa para volar... Entonces recordó a Bachir y a la gasolina de contrabando; algo se puso en marcha en su interior, y decidió moverse por el aeródromo, olfateando. Tal vez aquel puesto tan ansiado no estuviese tan fuera del alcance de un oficial que desmantela una red contrabandista en la propia capital del Marruecos español.

Orientó sus pasos hacia fuera de la terminal, y tuvo que correr para resguardarse de la lluvia cuanto antes bajo un cobertizo; y, para su sorpresa, se encontró con que todo un lateral del sencillo edificio de metal estaba repleto de remolques como el que había visto enganchado a la *rubia*, todos pintados en gris plata y con la trasera adosada a la pared del hangar.

Había un empleado trabajando en algo parecido a un pequeño motor de dos tiempos, y le saludó. El otro, al levantar la vista y comprobar que era un militar, devolvió el saludo con una estudiada cortesía.

—Aquí guardan la gasolina, ¿no? —preguntó Peñafiel.

—Sí, señor —el empleado rebuscaba en su caja de herramientas—, para repostar los aviones.

Peñafiel golpeó con los nudillos la pared del tanque remolcable, y pudo constatar que el interior estaba lleno. Un gran cartel de prohibido fumar dominaba el interior del cobertizo y, en un rincón, se podía ver una oficina de reducidas dimensiones y paredes de cristal.

—¿Éstos son los depósitos militares? —preguntó, fingiendo desinterés.

—No, señor, esos están ahí fuera, donde el centinela.

—Entonces, ¿la gasolina es sólo para *Iberia*?

—Para *Iberia* y para los comerciales que aterrizan aquí.

—¿Comerciales?

—Sí, los aviones que hacen escalas, algunos extranjeros.

—Menudo trabajo deben de tener ustedes... —Peñafiel simulaba aburrimiento, un buen acicate para las ganas de cháchara que tenía el empleado.

—¡Bah!, no es nada —el otro hombre se puso en pie y se limpió las manos con un trapo—. Lo malo es ahora, con esta tormenta... Como se vaya la luz eléctrica, hay que poner en marcha los grupos electrógenos, y eso sí que es una lata.

—¿Vienen muchos aviones extranjeros por aquí? —cambió de conversación el capitán.

—No muchos. Algunos de carga, en tránsito hacia el Sur; pocos particulares; militares hacia Canarias..., y el correo argelino.

—¿Correo de Argelia?

—Sí, un avión postal de la compañía *Air Touareg*; no hace mucho que viene, pero creo que es fijo el servicio.

Air Touareg...

Vicente asintió con la cabeza y volvió a su paseo por el interior del hangar, mientras que el otro accionaba un interruptor, que encendió las innumerables luces que combatieron la oscuridad plomiza de la tarde. El capitán siguió mirando rincones, y agradeció el hecho de que, al llevar uniforme, las puertas se le abrieran sin levantar sospechas.

Repasó de nuevo toda la fila de remolques y, al pasar junto a uno de ellos, pudo leer la leyenda en el lateral, junto a dos alas amarillas: *Air Touareg*.

Allí estaba.

Como si tal cosa, dio un par de golpes con los nudillos, y el interior resonó como un tambor: estaba vacío.

El capitán no pudo evitar sonreír; tal y como pensaba, Bachir seguía en el negocio.

—Ha llegado hace poco el correo argelino, ¿no?

—¡Que va...! —dijo el empleado desde el otro extremo—. Debería haber llegado esta tarde, pero, con el tiempo que hace...

Allí estaba la clave: simulaban repostar y, en realidad, descargaban la gasolina, sacaban después el remolque para simular llenarlo y nadie sospechaba. Aquel Bachir era un virtuoso.

Pero se le iba a acabar el cuento.

CAPÍTULO VEINTE

PALMS FIELD, BÉCHAR

Unos nudillos golpearon la puerta y Claire se escabulló entre las sábanas, ocultándose por completo mientras Howard iba a abrir.

—¿Qué hay? —dejó sólo una estrecha rendija en la puerta.

—Hola —era Julien.

—¿Alguna novedad?

—Nada; la cosa sigue estable, pero en Fez calculan que habrá mejoría hacia la media noche. Tetuán sigue con las mismas condiciones; si no se estropean las cosas, contando con lo que dicen los oráculos de Fez, podrás salir dentro de cuatro o cinco horas.

—Gracias.

—Ah... —Julien, mientras se retiraba, añadió sonriendo—, dice Albert que procures descansar.

—Dile a Albert que gracias por su interés.

Howard cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama; Claire se incorporó y encendió un cigarrillo.

—Con esto son ya más de doce horas de retraso.

—Bah, no te preocupes —dijo él—, por mucho que mejore, no podré salir hasta una hora antes de que amanezca —rió—, ¡y eso sí que será un retraso!

—¿Tanto te gusta estar en *Palms*? —ronroneó ella, estirándose, satisfecha y segura de la respuesta de él.

—¿Tú qué crees?

Howard se levantó y se sirvió un vaso de agua. Las saetas del reloj avanzaban con demasiada parsimonia hacia las siete de la tarde, hora argelina. Tenía hambre de nuevo, pero prefería posponer la cena en previsión a tener que salir, a prisa y corriendo, al alborar el día y sin tiempo de desayunar; además, se estaba tan bien allí...

Se volvió a sentar en el borde de la cama y tomó el cigarrillo de labios de Claire para dar una chupada.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella.

—¿Qué...?

—Te noto preocupado, ¿es por lo de ese capitán?

—Sí. Los otros dicen que no es problema, que estará allí de paso, pero a mí no sólo me preocupa el capitán español, sino cualquiera que pudiera reconocernos, a ellos o a mí, empiece a atar cabos y...

—Lo que tú necesitas es un relevo para descansar un poco más. Día y medio no es suficiente.

—Puede que sea eso; aunque mira lo que le pasó a Ernie: con relevo y todo, él fue el que se quedó allí, en *Phantom*.

—*Mactub* —dijo ella, en árabe, y se puso a recorrer la espalda de Howard con contactos apenas perceptibles de sus labios.

—No estarás pensando en...

—¿Y por qué no? —se detuvo ella.

Howard no supo qué razón esgrimir para obligarla a desistir de la idea; no había nada que pudiera impedir a Claire realizar el vuelo como piloto del *Mehari*.

Y, además, ella era el jefe.

—Para el siguiente vuelo, iré yo —dijo, y sus palabras sonaron a orden.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

Vicente Peñafiel regresó a la terminal justo cuando hacían el anuncio de que, por el momento, el vuelo a Málaga y Melilla quedaba aplazado indefinidamente. El recuerdo de Sara vino a su encuentro, pero lo desechó ante la importancia de lo que tenía entre manos.

Vio un uniforme azul y se acercó a él, resultando ser el mismo piloto con el que hablara hacía un par de días.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Mal tiempo —respondió el comandante del Junker de *Iberia*, fastidiado por la estupidez de una pregunta de tan evidente respuesta.

—¿Se puede calcular cuándo vamos a despegar?

—Por el despegue no hay problema; tenemos visibilidad —dijo el aviador, mirando al exterior y torciendo el gesto—. Pero no podemos utilizar ni Málaga ni *Tauima*. En Málaga tienen unas condiciones desastrosas, y en *Tauima* están bajo mínimos; ni con un *doble Z* lo conseguiríamos.

Peñafiel no supo a qué se estaba refiriendo el otro, pero lo soslayó; trataba de ser amable y ofrecer conversación a aquel hombre con cara de aburrido.

—¿Quizás esta madrugada?

—¿De noche? —casi logró sonreír el otro—. Hasta mañana, ni lo piense; parece que viene una mejoría breve que nos permitirá alcanzar Melilla para el medio día; eso si no empeora, claro.

—Vaya.

Vicente se separó del piloto, despidiéndose de él con una inclinación de cabeza, y se dirigió con paso rápido hacia el sector militar de *Sania Rámel*. Dedujo que, a aquella hora, no habría ningún jefe superior en la base, y vio confirmadas sus suposiciones cuando el oficial de guardia le acompañó para ver a la máxima autoridad: el capitán de día.

Tuvo que caminar, bajo la lluvia ligera, hasta el pabellón de oficiales y, allí, tras unos instantes de espera, apareció un joven oficial de su misma graduación, luciendo el uniforme azul del Ejército del Aire.

—Hola, ¿qué tal?, soy Lorenzo Zafra.

—Vicente Peñafiel, de Melilla.

—¿Tienes algún problema? —le invitó el otro a tomar asiento en uno de los sofás del recibidor, bellamente decorado en estilo árabe andaluz.

—Quiero hablar con el jefe de la base.

—¿El jefe de...? —los dos aviadores se miraron, perplejos, y el de guardia alzó las cejas, como dando a entender que no había exagerado un ápice cuando avisó al otro por teléfono.

—Sí, el jefe; supongo que será un coronel.

—Sí, un coronel. Por eso mismo, yo puedo solucionararte lo que sea sin necesidad de tener que molestarle.

—Quiero hablar con él, y es urgente además. Tengo motivos para saber que se está introduciendo contrabando en este aeródromo.

—¿Contrabando? —fue el teniente de guardia el que pareció más sorprendido— ¿Cómo?

—Las explicaciones luego —cortó Peñafiel, consciente de su mayor veteranía y desparpajo, para seguir dirigiéndose el capitán—. Supongo que tendrás que pedir autorización para detener a un par de individuos, ¿verdad?

—¿Detener? Si no amenazan la seguridad de la base, yo... Ahí está la Guardia Civil, pero —el capitán Zafra trataba de adaptarse a la velocidad mental del que hablaba—, si es cosa de contrabando, compete a Aduanas, no a mí.

—¿Y si el contrabando es mercancía clasificada como peligrosa, me harás caso o no?

—¿Qué quieres decir con peligrosa? —el oficial de guardia ya se había puesto en pie, nervioso, aunque el capitán, más templado, se echó hacia atrás en el sofá de terciopelo, sonriente.

—¿Peligrosa dices? —le guiñó un ojo al teniente sin el menor recato, volviendo a mirar a Peñafiel— ¡Ya!, está muy de moda eso de la bomba atómica y todo lo demás... ¿Qué es, radioactividad?

—Perdona que te lo diga, pero eres un merluzo; si te pones en marcha ahora mismo, podemos cogerlos con las manos en la masa.

—¿Cuándo..., y a quiénes? —el otro no sabía si llamar a un médico para que examinara a aquel capitán de Caballería, o requerir a la guardia para que le encerrara en un calabozo.

—En cuanto llegue el avión de Argelia.

—¿El correo de Béchar? —Zafra alzó las cejas.

—Supongo que es ése; de la compañía *Air Touareg*, ¿no es así? —Peñafiel seguía serio, notando cómo ganaba puntos mientras el otro asentía con la cabeza—. Pregunta en el control de entrada si hay alguien autorizado a pasar llamado Bachir *hach* Táieb y Remigio González; y también un piloto, por las trazas, inglés o francés.

—Pues sí —Zafra perdió la sonrisa y apoyó los codos en las rodillas, uniendo ambas manos y mirando fijamente a Peñafiel— ¿Cómo lo sabes?

—¿Vas a hacer esa comprobación, o no?

CERCA DE TETUÁN

El propio Montiel abrió la puerta de su casa e invitó a entrar a Bachir. Todo el mundo estaba en la cama, incluso la servidumbre, por lo que la mansión alejada del casco urbano destilaba calma y, sobre todo, seguridad.

—Pasa, pasa... —insistió el ayudante del jefe de Aduanas.

—Buenas noches.

Siguió Bachir al hombre hasta la biblioteca, atravesando un *hall* realmente deslumbrante, a pesar de que la mayor parte de la iluminación estaba apagada, hasta encontrarse en el interior de una sala llena de anaqueles y estanterías repletas de libros.

—¿Un coñac? —preguntó el anfitrión.

—No, gracias; no bebo —mintió.

—Claro que no, perdona...

Montiel sí se sirvió y, al momento, regresó junto al marroquí.

—¿Has averiguado algo acerca del capitán? —preguntó éste, tomando asiento donde el otro le indicara con un ademán.

—Sí —se sentó a su vez Montiel—. Ha estado de permiso aquí, en Tetuán; se marchó a Sevilla y regresará a Melilla en muy poco tiempo.

—¿No volverá por aquí?

—Bueno, sólo tocará un momento cuando el avión haga su escala.

—Sí, ya —se sintió más seguro al poder corroborar la información proporcionada por Sara.

Montiel bebió un sorbo y comprobó, con evidente satisfacción, que el marroquí repasaba con la vista toda la habitación, admirado.

—¿Y el tiempo?

—Ah, sí —el español se incorporó y encontró una hoja de papel donde había hecho anotaciones—. Lo había olvidado: el tiempo aclarará para el amanecer; seis o siete horas de mejoría antes de un empeoramiento definitivo, pero será suficiente, ¿no?

—Supongo. Llamaré a Béchar desde mi casa —dijo Bachir, leyendo el extenso parte meteorológico, del que apenas entendía algo, pero que debía transmitir íntegro a *Palms Field*.

—Sí, es mejor —afirmó Montiel, deseoso de no implicarse demasiado.

—González estará al llegar a *Sania Rámel* —Bachir se hurgó en el bolsillo interior de la americana, y los ojos de Montiel brillaron.

—¿No es un poco pronto? —trató de disimular su ansiedad.

—Sí; el avión, saliendo dentro de cuatro horas, no estará aquí hasta pasadas las cinco de la madrugada, pero es la costumbre; prepararlo todo antes de que el avión despegue. Además, Remigio está acostumbrado a no dormir por las noches.

—Claro.

La mirada de Montiel se agrandó al ver el fajo de billetes que el marroquí depositaba sobre la mesa; el empleado de aduanas hizo aparecer un sobre con movimientos de prestidigitador, y el dinero se ocultó en él.

—Ahí está lo convenido. El resto, lo de los diamantes, dentro de un par de días.

—Todo conforme. Creo, amigo Bachir que —se permitió una sonrisa relajada, la primera—, si seguimos así, nuestras relaciones serán largas y provechosas.

Se echó al colete el resto del licor, mientras el otro miraba.

—Yo nunca miro al futuro, Montiel; no en esta profesión.

—Vamos... No hay motivos para preocuparse ¿De verdad que no quieres una copa? ¿Prefieres un té?

Bachir estaba acostumbrado a recibir el tuteo de casi todos los españoles, sobre todo si eran funcionarios o tenían algún cargo, por poco relevante que fuera; pero, en aquella ocasión, el *tú* de Montiel le hacía más daño que otras veces, si bien él le había correspondido con la misma moneda. A pesar de estar acostumbrado a fingir y plegarse ante el dominador, esbozó una sonrisa que no supo ser servil, pero que Montiel agradeció de igual manera.

—Si insistes, tomaré un coñac.

Mientras el dueño de la casa preparaba la copa, el hermoso reloj de nácar situado sobre la chimenea hizo sonar las delicadas campanadas correspondientes a las dos de la madrugada.

AERÓDROMO DE *PALMS FIELD*, BÉCHAR

Howard estaba soñando con un guerrero del desierto que le clavaba una lanza en el costado, lentamente; luego, oía disparos: venían a salvarle...

Los disparos resultaron ser golpes dados en la puerta de la habitación, y la lanza que el *targuí* le clavaba, el codo de Claire.

—¿Sí...? —respondió, adormilado y haciendo que ella se volviera.

—Está aclarando —oyó desde el otro lado de la puerta.

—Está bien, bajaré en seguida.

Saltó de la cama y encendió la luz; eran las 02.45 y, sintiéndose un poco culpable, la apagó de nuevo, dejando dormir a la chica y vistiéndose a oscuras.

AERÓDROMO DE *SANIA RÁMEL*, TETUÁN

Remigio González maldecía por lo bajo la molesta lluvia que empañaba los cristales de la camioneta *Jeep*, pese a los esfuerzos inútiles de las escobillas limpiaparabrisas. Los faros del vehículo, de luz amarilla y mortecina, apenas si iluminaban la cuneta, por lo que debía conducir con mucha lentitud.

Bachir se había escurrido con el pretexto de ir a ver a Montiel, y le tocaba a él acercarse al aeropuerto para ir preparándolo todo. Había llamado a Béchar por conferencia telefónica para avisar de que empezaba a aclarar y, de seguir la mejoría, Bachir lo volvería a hacer para confirmarlo y que el correo pudiera salir. No obstante, tenía por delante dos o tres horas antes de que el extraño avión francés tomara tierra allí, en Tetuán.

Como si hubieran adivinado sus pensamientos, las gotas de agua dejaron de caer cuando los faros iluminaron la barrera pintada de blanco y rojo.

El centinela, reconociendo el coche, levantó el obstáculo y le dejó pasar; Remigio circuló por el interior de la base y llegó junto al hangar, frente al cual maniobró para meter la trasera y enganchar la cuba. Luego, vendría un café bien caliente y un poco de charla con los del turno de noche de *Sanía Rámel*.

Acercó el parachoques delantero a una pared para facilitar la maniobra; metió la marcha atrás y, en ese momento, alguien golpeó suavemente el cristal de la ventanilla. González lo bajó para ver quién era y se encontró con una pistola que le encañonaba.

—Baja de ahí y ten las manos quietas —oyó decir a una voz.

Se quedó helado; por un momento, pasó por su mente soltar el embrague y salir, pero la pistola estaba demasiado cerca de su ojo izquierdo.

Sin apartar la vista de la *Astra del 9 largo*, paró el motor, abrió la puerta y bajó de la camioneta con los brazos en alto.

***PALMS FIELD*, BÉCHAR**

—Ha llamado Bachir —dijo Julien, señalando el teléfono—. En Tetuán está nublado, pero empieza a haber claros y se espera mejoría para las seis de la mañana, hora española.

Howard miró su reloj; eran las 03.07

—De acuerdo, saldré dentro de dos horas.

Echó de menos la tibia cama y estuvo tentado de volver junto a Claire, pero se dijo que no había tiempo suficiente. Conectó la cafetera por segunda vez y se puso a ordenar mapas y útiles de vuelo mientras se calentaba el café. Puso especial interés en hacer acopio de ropa de abrigo, a pesar de la calefacción recién instalada en el *Mehari*, y fueron dos jerséis de lana los que eligió para ponerse debajo del amplio mono de vuelo fabricado en piel. Tomó el casco, la bufanda, las gafas y los guantes, y los depositó sobre la bolsa de vuelo, en un rincón de la sala de operaciones. Después, preparándose para ir punteando paso a paso el desarrollo de los dos frentes tormentosos, descolgó el teléfono y marcó el número de la operadora de Béchar.

—¿Alló?

—...

—Con el servicio de vuelo de Fez, por favor.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

El coronel Díaz de los Llanos se volvió hacia Peñafiel y le miró durante un largo segundo.

—Capitán —le dijo—, más le vale tener pruebas consistentes, o mucho me temo que tendrá que dar demasiadas explicaciones.

Vicente no se amilanó ante la soberbia apariencia del jefe de la base, personado allí hacía escasamente media hora ante la llamada alterada de su capitán de día.

—Mi coronel, si le digo que ese individuo que han conseguido detener es un contrabandista, si le aseguro que éste y el tal Bachir están metiendo gasolina por medio del correo de Béchar, puede estar seguro de que es cierto.

La cara de Peñafiel estaba roja, y era muy evidente el esfuerzo del capitán de Caballería por lograr lo que se proponía; no estaba dispuesto a ceder y que se le escaparan otra vez, aún a costa de verse implicado él mismo, lo cual no le importaba demasiado.

Habían llegado, también, un inspector de policía, requerido por el mismo coronel, y un teniente de la Guardia Civil, ninguno de los cuales aportó nada en el silencio que siguió; el mismo jefe de la base pareció meditar.

Estaban sentados en los lujosos divanes de la biblioteca de oficiales de la base que, como parecía ser una constante en todos los edificios militares del protectorado, exhibía una colorista decoración árabe a base de finas columnas pareadas de dorados capiteles, celosías y grabados de estuco que imponían un ambiente de palacio oriental.

—Un desconocido se presenta en mi base —dijo el coronel, de improviso y como si razonara en voz alta— y me pide que arreste a dos civiles así como así, sin más... —miró a Peñafiel— ¿Quién se ha creído usted que es?

—Un oficial del ejército español, mi coronel —respondió Peñafiel, más serio que de costumbre.

Las botas del capitán Zafra resonaron sobre el liso y brillante pavimento de la biblioteca, hasta hacerse visible a todos; miró a su jefe y negó con la cabeza dos o tres veces.

—Insiste en que es un empleado de *Air Touareg* en Tetuán; dice..., dice que él se limita a proporcionar combustible para el avión.

—¿Qué combustible?! —saltó Peñafiel— ¡La cisterna estaba vacía, díselo, tú mismo lo has podido comprobar! —miró al capitán de Aviación—, a ver qué contesta.

—Ya se lo he preguntado, y ha respondido que, precisamente, venía a recogerla para llenarla y tenerla lista antes de que llegara el avión.

Peñañiel tuvo que sentarse, intuyendo que la balanza estaba nivelada; tanto, que el más ligero toque la harían decantarse hacia un lado u otro.

—Usan la cisterna para sacar la gasolina —insistió—. Si agarramos a Bachir, cantará; le conozco, y al verme frente a él no tendrá más remedio que decir la verdad.

Todos esperaron, expectantes, a que el coronel dijera la última palabra. Díaz de los Llanos era, en aquel momento, la única autoridad capaz de ordenar algo así, dado lo intempestivo de la hora y la propia renuencia a molestar al comisario de policía o al Estado Mayor de la Alta Comisaría.

—Está bien —dijo, por fin—; pero, independientemente de que ese tal Bachir caiga en nuestras manos, tendremos que esperar al avión, registrarlo y... —alzó la vista hacia Peñañiel—. Pero tenga presente que mis excusas al cónsul francés, si hubiera que darlas, irían acompañadas de una cabeza: la suya.

Nadie dijo nada; parecía como si el aire serio y erudito que flotaba por entre los libros de aquella biblioteca les imbuyera a todos de un respeto desproporcionado. Pero, tanto el policía como el oficial de la Guardia Civil sabían que, con aquellas palabras, el coronel del Ejército del Aire se hacía cargo de la situación; lo que, si bien era algo irregular, les beneficiaba al preferir ellos dejar aquel *muerto* en sus manos.

PALMS FIELD, BÉCHAR

Howard subió a la carlinga cuando el motor estuvo ya caliente; se caló el casco y bajó las gafas sobre sus ojos, refocilándose en el placer de sentirse confortablemente en la bien caldeada cabina. En la claridad de la iluminación artificial de la rampa, el fuselaje y las alas del *Mehari* brillaron, chorreantes por el agua que un par de chaparrones anémicos habían dejado caer durante toda la noche.

El borde inferior del frente se estaba alejando de allí y, como apuntó Albert, en Béchar ni siquiera llovía cuando tenía que hacerlo.

Después, cuando los relojes marcaban las 06.18, hora argelina, el piloto hundió el acelerador a fondo y el biplano rodó hacia la oscuridad, seguido del redoble estrepitoso de su motor en estrella; llegó a la pista, giró y, tras una carrera de seiscientos metros, se elevó en el aire negro de la noche sahariana.

No había ascendido cien metros cuando comenzó a volar entre nubes invisibles, y fue un consuelo oír la voz de Claire en los auriculares del casco, mientras le pasaba el último parte recibido por teléfono desde Fez.

—*Mehari* —dijo la voz suave de ella, paladeando su acento francés—. Tetuán anuncia vientos del Este-Nordeste, a dieciocho nudos, con rachas de hasta veintidós; siete octavos de cielo cubierto con nimbos y cumulonimbos a cuatrocientos pies. En este momento ha dejado de llover, se divisan grandes claros hacia levante, el viento tiende a caer y se espera que los chaparrones desaparezcan hacia el amanecer. La temperatura en el campo es de uno cuatro grados, y la presión de uno mil cero cero dos milibares.

—Recibido y copiado. Gracias, Claire.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL, TETUÁN

—En Málaga ha mejorado bastante, pero Melilla sigue bajo mínimos y *Tauima* continúa cerrado; no han tenido respiro entre los dos frentes.

El capitán del Junker de *Iberia* hablaba en voz baja con Zafra, ocupando ambos un extremo de la sala principal de la terminal de pasajeros. Ya había hecho acto de presencia el cónsul de Francia en Tetuán y, aunque se mantenía apartado y a la expectativa, Peñafiel supo que sería una papeleta dura de roer si no conseguía aportar las suficientes pruebas que demostraran a todos que él tenía razón.

Un empleado de la torre de control hizo su aparición y se dirigió al coronel, aunque todos pudieron oír lo que decía.

—El correo de Béchar ya ha despegado.

—¿Cuándo llegará?

—Sobre las siete.

—Bien.

Peñafiel, con los nervios cogiéndole un gran pellizco en el estómago, se levantó del sillón y fue a unirse a Zafra, que se volvió hacia él, abandonando momentáneamente su charla con el piloto civil.

—Oye, Lorenzo —se cuidó Vicente de que el volumen de su voz fuera lo suficientemente alto como para que pudiera ser oído por el coronel—, creo que, si Bachir se presenta aquí, deberíamos estar prevenidos, ¿no te parece?

—Sí, es cierto.

El teniente de la Guardia Civil se acercó a ellos.

—El control de entrada tiene orden de detenerlo en cuanto llegue.

—¿Y no sería mejor dejarle pasar y cogerle por sorpresa? —sugirió Peñafiel—; es muy listo y podría escabullirse de los soldados de la entrada.

Zafra y el guardia civil miraron disimuladamente al coronel; no habían querido montar un dispositivo demasiado visible para no alarmar a la media docena de pasajeros del Junker bloqueado, todos los cuales seстеaban por allí cerca. El jefe de la base hizo un leve gesto de asentimiento hacia ellos.

—Está bien, disculpadme —dijo el capitán de día, levantándose y saliendo al exterior.

SOBRE EL ATLAS

Howard estimó que estaría volando ya sobre el Atlas Medio. Sintonizó el radiofaro de *Le Saïs*, el aeropuerto de Fez, y pudo escuchar sus débiles señales de control en código Morse. La agujilla del radiogoniómetro osciló y se quedó apuntando ligeramente a babor, donde debía de estar la estación; pero un destello fantasmal y lejano, por el Este, hizo que el indicador se orientase hacia ese otro lado durante varios segundos.

Las fuertes descargas eléctricas que acompañaban a la tormenta influían notablemente sobre el equipo de radionavegación de onda larga, por lo que el piloto decidió confiar sólo en la brújula y el cronómetro como medios más eficaces de seguir su curso.

Era difícil perderse, por ese lado se sentía seguro, pero empezaban a inquietarle los cada vez más próximos rayos y relámpagos, que hacían que las nubes tomaran formas fantasmagóricas e irreales que pasaban bajo él, compitiendo con el fulgor del cielo nocturno plagado de estrellas que tenía sobre su cabeza.

Obligándose a pensar que había suficiente distancia entre aquellas descargas y su avión atiborrado de gasolina, mantuvo el rumbo, la velocidad y la elevada altitud de 6.100 metros con que esperaba salvar, pasando sobre ella, la molesta borrasca.

CAPÍTULO VEINTIUNO

AERÓDROMO DE *SANIA RÁMEL*, TETUÁN

Bachir llegó frente a la barrera de la puerta de entrada, que se alzó a su paso, e hizo ingresar al automóvil en el interior de la base.

Por suerte para él, los dedos se le volvían huéspedes; todo le parecía raro y mal, fuera de lugar; tal vez era a causa de que la terminal, a aquella hora, se veía completamente iluminada mientras permanecían en ella los pasajeros del vuelo suspendido por el mal tiempo; pero el caso era que hasta en las miradas de los centinelas había creído ver un destello amenazante.

Receloso, siguió conduciendo por el interior del aeródromo a velocidad reducida, rodando sobre los charcos y manejando el coche con prudencia.

Al girar en la esquina del cobertizo, vio la camioneta *Jeep*.

Era normal, la *rubia* debía de estar allí, pero... ¿por qué González la había dejado tan mal aparcada?

Los alrededores estaban solitarios; no había gente, lo que, por otro lado, era lógico si se tenía en cuenta que eran las seis y media de la mañana; pero ni siquiera Remigio había salido al oír el motor.

Dejó ir el Studebaker suavemente hasta que, por el rabllo del ojo, entrevió una figura furtiva que trató de ocultarse a su vista. Antes de que se formara en su mente la palabra *no me gusta*, apretó el acelerador a fondo. Con la dirección girada a la izquierda, el Studebaker derrapó sobre el mojado pavimento y, a lo largo de un segundo tenso e interminable, Bachir vio salir a varios hombres desde los distintos lugares donde estaban escondidos.

¡Era una encerrona!

Sonó un disparo, y otro más. Con el motor a todo gas, el automóvil saltó un bordillo, hundió un seto y aplastó un cuidado jardín en su escapada, hasta que lo hizo volver al pavimento. El contrabandista mantuvo la presión del pie sobre el acelerador, y agachó la cabeza cuando el largo morro hizo añicos la barrera del control de entrada.

Hubo más disparos; el cristal trasero estalló, pero la carretera a Tetuán estaba abierta y sin apenas tráfico.

AERÓDROMO DE *SANIA RÁMEL*

—¿Ha mandado seguir al coche? —preguntó Peñafiel, excitado, al teniente de la Guardia Civil.

—Ya he dado el aviso; en cuanto entre en Tetuán, le detendrán.

—Les dije que era un tipo de cuidado, ¿no les parecen suficientes pruebas ya?

Ninguno de los presentes, algunos de los cuales jadeaban tras el intento de seguir al coche azul y blanco, contestó. La atención de todos se volvió al mismo empleado del aeropuerto, que avisaba en voz alta desde la puerta:

—¡El correo argelino estará aquí dentro de treinta minutos!

—Ya lo sabe —le dijo el coronel a Peñafiel, apenas traspuesto el dintel del edificio—: sólo si al revisar ese avión encontramos pruebas, podremos detenerlo e incautárnoslo. Zafra... —se dirigió al capitán de Aviación—, que llamen al jefe de Aduanas.

—Ya lo he hecho, pero en su casa me han dicho que está fuera, en Ceuta creo; he hablado con Montiel, su ayudante, que ya debe de estar en camino hacia aquí.

—Pruebas, pruebas... —murmuró Peñafiel a los de su entorno inmediato—; todavía no tienen bastantes. Pero no hay que preocuparse, tendrán todas las pruebas del mundo con sólo esperar media hora.

CARRETERA DE TETUÁN

Le estarían esperando a la entrada de la ciudad.

Bachir, mientras conducía, no dejaba de dar vueltas a su cabeza. En el aeródromo no había coche capaz de seguir al potente Studebaker, por lo que no se excedía en su velocidad con objeto de no llamar la atención.

Habrían detenido a Remigio...

Había dos alternativas: que hubiera hablado o que no. Si había confesado todo, los nombres, los procedimientos..., poco quedaba por hacer; pero, si no era así, y Bachir conocía lo suficiente a González para saber qué era lo probable, aún tenía alguna posibilidad...

Mientras no le detuvieran a él o al avión.

Como respuesta a todas sus interrogantes, Bachir vio venir, de frente, el Vauxhall de Montiel, y le hizo señales frenéticas con las luces y el claxon; tuvo que agradecer al cielo el que ya hubiera clareado lo bastante para haber podido identificar el coche del otro.

Montiel se cercioró a tiempo y frenó; Bachir, apeándose de su vehículo, corrió los cincuenta metros que separaban a ambos coches. El diálogo fue rápido y alterado y, luego, el marroquí retornó a su Studebaker, en tanto que el ayudante del jefe de la Aduana proseguía su camino hacia *Sania Rámel*.

SOBRE XÁUEN

—*Mehari* para *Sania Rámel* —llamó Howard—. Este es el correo de Béchar Ruta Norte llamando a *Sania Rámel* ¿Me recibe?, cambio.

—Le recibo, correo de Béchar, buenos días.

—Buenos días, *Sania*. Acabo de rebasar Xáuen y estimo mi llegada para las cero siete punto cero cinco. Cambio.

—Cero siete punto cero cinco, recibido. Tenemos seis octavos de estratocúmulos a nivel cero seis cero; viento del dos cero cero grados a seis nudos; chubascos muy dispersos y temperatura de uno dos grados centígrados; la presión es uno mil cero cero nueve milibares. Cambio.

—Recibido y copiado, *Sania Rámel*. Gracias.

No le gustó a Howard la dirección del viento; tendría que maniobrar entre las nubes para entrar en la pista por el Nordeste; y, aun así, el viento sería algo transversal.

A pesar de que debía de estar amaneciendo, el sol no se dejaba ver por ninguna parte, si bien una claridad lechosa le permitía apreciar los lomos redondeados de las nubes que, poco después de empezar a descender, le rodearon y engulleron sin ruido.

Una coloración gris verdosa impregnó todo su alrededor y, confiado, Howard esperó a que apareciera el primer agujero en el frente nuboso, por donde poder perforarlo y descender en busca del mar.

CERCA DE TETUÁN

Bachir tomó el desvío hacia Busemiel e, inmediatamente, el Studebaker derrapó cuatro o cinco metros a lo largo del sendero de grava que daba acceso a la casa de Montiel. La mansión desproporcionadamente lujosa del funcionario era su única salvación.

El criado que abrió la puerta se mostró remiso a dejarle entrar; ni siquiera presentarse como el *Xerif* Bachir fue suficiente, y tuvo que alzar la voz lo bastante para que, al acudir la señora de Montiel, alarmada por la salida precipitada de su marido, le dejara pasar al oír su nombre.

El teléfono estaba situado en el mismo recibidor, y Bachir tecleó sobre el soporte hasta que oyó los chasquidos que dieron paso a la operadora de Tetuán.

—Conferencia con Colom-Béchar, Argelia. El número es uno cero nueve; corresponde a un aeródromo —pidió Bachir, mirando los ojos enrojecidos y ansiosos de la dueña de la casa.

—Tendrá demora; hay tormenta y algunas líneas están estropeadas —dijo la voz adormilada de la centralista.

—Dése prisa, es muy urgente.

—Haré lo posible, señor; cuelgue y yo le llamaré.

Cuando dejó el auricular sobre el aparato, Bachir era, a pesar de su habitual temperamento frío y reposado, la clara imagen de una persona fuera de sí.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL

Por la izquierda, un chaparrón le entorpecía la vista, pero la franja de asfalto se destacaba sobre el verde húmedo del campo.

Howard puso los compensadores a cero y accionó la palanca para hacer coincidir el morro del *Mehari* con una línea imaginaria que pasaba paralela a la pista. Debía aterrizar en sentido contrario para tratar de que el viento, aunque débil, no hiciera de las suyas con la masa del torpe y lento biplano.

—Torra de *Sania Rámel*; aquí, correo de Béchar. Adelante, cambio.

—Torre de *Sania Rámel*; le recibo fuerte y claro. Tiene autorización para tomar; no ha habido variación en las condiciones. Ningún tráfico en los alrededores. Cambio.

—Recibido, gracias.

Ningún tráfico..., pensó Howard, sonriendo *¿Cómo iba a haber nadie en el aire con un tiempo como aquel?* Sólo un loco, o un piloto de *Air Touareg*, se atrevería a estar volando aquel día.

El límite inferior de las nubes dejaba el espacio justo para maniobrar con comodidad; redujo gases y, aún sonriendo, completó el tramo de viento en cola y comenzó a virar para iniciar el aterrizaje.

AERÓDROMO DE *SANIA RÁMEL*

—¡Ahí está!

No hizo falta que el enlace con la torre de control dijera nada; por encima de los murmullos de las conversaciones, el lejano y retumbante motor anunciaba la llegada del avión correo.

—Vamos, hay que darse prisa —Peñañiel intentó inyectar urgencia a los movimientos de los otros, mientras subían a los coches.

A punto de arrancar los dos automóviles negros, en dirección a los alrededores de la pista, Montiel llegó en su Vauxhall y frenó ante el edificio de la terminal, apeándose y poniendo cara de extrañeza.

—¿Qué ocurre? —fingió sorprenderse por el desusado movimiento de personal y lo inusual de la llamada que le había hecho venir— ¿Qué está pasando?

El coronel, para desesperación de Peñañiel, salió de su automóvil y se dirigió al encuentro del funcionario de la Aduana; y, como era de esperar, el capitán Zafra fue en seguimiento de su jefe.

—Buenos días —saludó el recién llegado al irritado militar.

—Buenas, Montiel; perdone la precipitación, pero, ¿qué sabe usted del correo de Argelia?

—¿El correo de Argelia, el de *Air Touareg*?

—Eso es.

—Pues..., que no sé a qué se refiere usted —se hizo el nuevo.

—¿Tiene alguna sospecha acerca de contrabando?

—¿Contrabando? —su gesto hablaba por sí solo—, ¿los de *Air Touareg*? Pues no, la verdad... Esto que me dice es la primera noticia que tengo sobre...

El coronel miró a Peñañiel, a punto de subir en el coche del servicio aeronáutico, mientras que Montiel, en un alarde de interpretación, remataba su actuación con una cara de solemne incredulidad.

—Ese capitán..., Peñañiel se llama —le informó Zafra—, nos ha dado una información acerca del supuesto contrabando que introducen regularmente por medio del correo de Béchar.

—¿Regularmente? —puso gesto de duda—. Si desde que inauguraron la línea sólo han efectuado tres vuelos con este... —Montiel, mientras hablaba, dedicó una mirada al capitán de Caballería. Así que sí estaba en Tetuán, y él no lo había sabido—. Pero eso es una ridiculez; ese correo, lo único que hace en Tetuán, aparte dejar la saca, es repostar, y no creo que... —le estaba saliendo bien, pero la tensión nerviosa parecía querer inmovilizarle.

—¡No es momento de dudar! —Peñañiel se dirigió directamente al coronel, tratando de hacerle superar las trabas legales que se interponían en el ejercicio de su función como jefe militar del aeródromo—. Todo eso se verá después, mi coronel; lo que urge, ahora, es detener a ese avión.

Díaz de los Llanos levantó la vista al cielo y respiró hondo; podía mandar a freír espárragos a aquel impertinente capitán que le había sacado de la cama de madrugada; pero, precisamente por haber puesto en marcha a los encargados de la seguridad de *Sanía Rámel*, se sentía obligado.

—Está bien, vamos.

Subieron a los coches y arrancaron en dirección al punto donde la pista de vuelo se unía con la rampa de estacionamiento, para recorrer aquella hasta su final y detener los vehículos cerca de la osamenta vieja del Avro *Lancaster*, que se dejaba oxidar por la intemperie desde hacía tres o cuatro años.

Mientras, el biplano postal se alejaba hacia el Norte para, volando sobre el mar, completar el giro que le llevaría hasta la cabecera de pista.

CASA DE MONTIEL, CERCA DE TETUÁN

Tanto la señora como Bachir daban vueltas alrededor de la consola sobre la que el teléfono esperaba. El marroquí había logrado calmar algo los nervios, pero la mujer, a pesar de que desconocía realmente lo que estaba pasando, estaba a punto de gritar. Percibía la urgencia en los gestos del otro e, intuitivamente, relacionaba a su marido con el peligro.

Sonó, débilmente, la campanilla del aparato, y Bachir se precipitó hacia él.

—¿Diga?

—Su conferencia con Béchar, ¿puede repetirme el número?

—¡Maldita sea, ciento nueve: uno cero nueve!

—Un momento, no se retire —cantó la voz soñolienta.

AERÓDROMO DE SANIA RÁMEL

Ocultos tras la chatarra del accidentado bombardero de la RAF, los tres automóviles se habían detenido algo separados entre sí; en su interior, varios pares de ojos vigilaban la silueta brumosa del biplano, que hacía reflejar la mortecina luz del alba al inclinar las alas para virar.

En uno de los coches, Montiel se esforzaba en lo que sabía era última baza para tratar de convencer al coronel del enorme desatino que estaba a punto de cometer.

—..., aun considerando que el señor cónsul no se sienta ofendido —dijo, señalando al silencioso diplomático que ocupaba el asiento delantero del coche de la derecha—, nuestra imagen no saldría del asunto sin mancha; y hay que tener en cuenta que ello es vital para nuestras actuales relaciones diplomáticas con los demás países...

—Mire, Montiel —le interrumpió el coronel de manera algo brusca—, no crea que todo eso no lo he pensado ya, pero mi postura es una forma, también, de cubrirme las espaldas. Si, por casualidad, ese venado de capitán tuviera razón y no pusiéramos los medios de impedir el tráfico ilegal, el descrédito que caería sobre la base, y sobre ustedes por supuesto, sería enorme, y no es esto último lo que me preocupa, sino lo que concierne al Ejército del Aire.

—Estoy de acuerdo, y yo soy el primer interesado en conocer la verdad —estaba quemando sus últimos cartuchos—, pero se necesitan pruebas.

—Si no las hay, no pasará nada, a no ser la que puede organizar el francés por medio de su Embajada. De todas formas, hay que considerar que existe una remota posibilidad de que ese avión... —suspiró—. Espero que el cónsul lo entienda.

—Sí, señor, claro que lo entenderá.

Montiel guardó silencio al ver que el conductor del coche, alzando un dedo para llamar la atención, dijo:

—Ya ha acabado de girar.

PALMS FIELD, BÉCHAR

Los tres estaban dormidos en operaciones.

Cuando sonó el teléfono, Julien alargó una mano y lo tomó, sin abrir los ojos. Luego, levantando el auricular, llamó a Claire.

—Una llamada para ti; creo que es Bachir.

—¿Bachir? —la chica se extrañó, pero parpadeó preocupada y contestó—, ¿*alló*?

Apenas dijo una palabra, y eso fue lo que más llamó la atención de Julien y de Albert, que también se había despertado. La cara de Claire cambiaba de color bruscamente hasta que, al final, casi desarma el teléfono al colgar el auricular.

—¡Hay que llamar al *Mehari* por radio! —gritó, echando a correr hacia la escalera.

—¿Al *Mehari*? ¿Qué ha pasado? —Albert, más rápido que el otro, trotó en pos de ella.

—¡Busca la frecuencia de radio de la torre de Tetuán! —ordenó Claire, precipitándose sobre la emisora y trasteando en los controles que resbalaban de entre sus dedos nerviosos.

—Espera, déjame a mí —Julien la apartó, tomando asiento frente a la radio y disponiéndose a emitir.

—Transmite a toda potencia y di a Howard que no aterrice —le dijo ella, mientras que el otro ingeniero acudía con una carta de navegación y mostraba unas cifras a su compañero.

—Pero, a lo mejor están hablando ahora mismo y...

—¡Sin peros!

Julien se encogió de hombros y apretó el interruptor.

—Si ha aterrizado ya, no tendremos enlace; sólo con mucha suerte... —dudó Albert, mientras que el otro, sin lanzar siquiera la señal de llamada, repetía una y otra vez la misma frase, dicha en inglés y a la máxima salida de antena.

—*Mehari*, no aterrices; *Mehari*, no aterrices. Peligro inmediato en *Sania Rámel*. *Mehari*, regresa a *Palms*. Repito, no aterrices, regresa a *Palms*. No aterrices...

SANIA RÁMEL

Era apenas un susurro, pero los auriculares del casco de Howard repetían la frase ininteligible; serían los de la torre, que andaban de cháchara cerca del micro conectado.

No hizo caso; niveló las alas y, como las otras veces, dejó que el *Mehari* descendiera apenas sin ayuda de su parte; era verdaderamente un avión estable, sólido y seguro, con aquellas largas alas que lo hacían flotar como una alfombra mágica.

—*Mehari*, no aterrices...

¿Qué diablos era aquello?

Miró hacia la torre, y la luz verde de su faro mantenía la autorización de tomar tierra; sin embargo, era en la misma frecuencia en la que oía aquella orden lejana y salpicada de crujidos de estática. No obstante, aumentó el volumen de su radio.

Con un golpe sordo y una sacudida, las dos ruedas del tren de aterrizaje principal se posaron sobre el asfalto encharcado, levantando chorros de agua pulverizada.

—... igro inmediato en... No aterrices, *Mehari*...

El avión estaba a punto de bajar la cola, pero Howard, sintiendo un cosquilleo en la nuca que le erizó el pelo, mantuvo la palanca hacia adelante, impidiendo que la rueda trasera tocara la pista. Su mano izquierda vaciló sobre el mando de gases.

—Aquí *Mehari*, ¿ocurre algo, torre?

Nada; los operadores españoles estarían viendo el aterrizaje y se habrían alejado del emisor. Distorsionada hasta lo increíble, aún podía reconocer las sílabas de la frase *no aterrices*.

Howard no creía en fantasmas, ni en mensajes del más allá, aunque el recuerdo de su breve amistad con Ibarra se interpuso; pero aquella voz que le llamaba estaba en este mundo y, quien quiera que fuese, sabía algo que él desconocía; además, le había parecido distinguir un coche medio escondido tras el cadáver del *Lanc* abandonado al final de la pista.

Manteniendo la carrera del biplano en el centro del asfalto, apretó el gas hasta el fondo y lo dejó que ganara velocidad suficiente para alzar el vuelo.

SANIA RÁMEL

—¡No se detiene..., va a despegar de nuevo!

Peñafiel saltó del coche que ocupaba junto con Zafra y corrió junto al del coronel, que presenciaba cómo el avión postal se alzaba del suelo y ganaba altura, pasando sobre ellos con el tremendo ruido característico de su hélice bipala.

—¿Lo ve...? ¿Lo ha visto? Ya le decía yo que ese pájaro estaba liado hasta el cuello ¡Mande hacer fuego sobre él!

—¿A quiénes, capitán? —oyó que decía la voz de Montiel desde el interior del coche.

—Que salgan sus cazas, los tiene ahí a montones... ¡Tiene que detener a ese avión, hagan algo! —Peñafiel se vio a sí mismo rebasar los límites de una compostura medianamente coherente, y guardó silencio, conteniéndose, para oír al coronel.

—En primer lugar, capitán, no me agrada que me griten; en segundo, necesito algo más que sospechas para dar una alerta y que despeguen mis aparatos, y menos con un tiempo como éste; en tercer lugar, ese piloto, si es en verdad un contrabandista y no un hombre asustado por el mal tiempo y por nuestra presencia aquí, estará sobre la frontera de la zona francesa en muy poco tiempo. Y, por último, ya le dije que, sin pruebas tangibles, yo no iba a hacer nada, y usted, en cambio, lo podría pasar muy mal.

—Ah..., ya veo; claro —Peñafiel abandonó la postura inclinada y se apartó un paso de la ventanilla del coche—, tenía que haberme dado cuenta antes: un encargado de la Aduana y el comandante militar más próximo —soltó una carcajada que tuvo la virtud de asombrar a los otros—, y también el mismo cónsul francés —señaló al diplomático extranjero, que le miró impasible—. Yo he pasado por eso, señores, yo he sido también una marioneta de ese Bachir del demonio: ustedes se han vendido al dinero del contrabandista más hábil de todo el Protectorado.

—Pero..., ¿qué está diciendo? —fue capaz de articular Montiel, rematadamente sublime en su papel de honestidad injuriada.

—Conductor —habló Díaz de los Llanos—, vamos.

El vehículo arrancó, dejando al capitán de Caballería en pie y solo, apretando los dientes y sintiendo la humedad de la hierba mojada a través del cuero de sus botas.

El otro coche se acercó, y Zafra le abrió desde dentro.

—La has liado buena, ¿qué ha dicho el coronel? —le preguntó, pero Peñafiel no le hizo caso, y se encaró con el soldado conductor.

—¡Llévame a dónde haya un teléfono, rápido!

—¿Qué pretendes ahora? —Zafra no podía reprimir su alivio al ver cómo se diluía en el aire la tensión de poco antes, aunque sentía sinceramente el fiasco sufrido por el de Caballería.

—Conozco a alguien que daría su vida por derribar ese aparato.

—¿Estás loco? Pero, ¿se puede saber el porqué de esa obsesión? —preguntó el capitán de Aviación, mientras el coche arrancaba— ¿Y si no estás en lo cierto? Ese avión puede que se asustara al ver nuestros coches aquí y...

—Ya lo creo que se habrá asustado, lo mismo que a tu jefe se le ha visto el plumero; ¿a quién se le ocurre ponerse enfrente de las mismas narices de ese estraperlista?

—¿Qué tratas de insinuar?

—Que tu jefe, el otro tipo del sombrero, el cónsul, y hasta tú mismo estáis en el ajo, ¡ja, si lo sabré yo...!

—Me parece que, aquí, el único que no está en su sano juicio eres tú, Peñafiel.

—Eso lo veremos.

SOBRE TETUÁN

Una vez el *Mehari* tomó altura suficiente, las señales de radio eran más potentes y claras; aunque, a pesar de estar el receptor en su máximo volumen, la audición no era todavía lo bastante buena. No obstante, Howard pudo dialogar con Claire, interferida la charla por las llamadas que le hacía, a su vez, la torre de control de *Sania Rámel*.

—Estoy en el aire, *Pamela* ¿Qué hago ahora?

—Regresa; da todo gas y regresa a Béchar.

—Enterado; voy a ascender sobre las nubes y regreso a casa ¿Por dónde va el frente ahora?

—Uxda notifica grandes claros, y Nador seis octavos de cúmulos, sin lluvia, así que debe de estar más o menos sobre Taza.

—Okay, tengo el camino libre. Notificaré mi paso por Fez si puedo situarme.

—¡No notifiques nada!

—Enterado, cierro.

Nada más; el temor de ser detectados y traducidos, lo que sin duda estaban haciendo en Tetuán, les impedía seguir hablando. Howard se guardó muchas, innumerables, preguntas en su interior; no sabía qué había sucedido en Tetuán para que Claire le impidiera tomar tierra ¿Habrían detenido a Bachir? Y, en ese caso, ¿enviarían cazas a perseguirle?

No quería engañarse, pero se dijo que era poco probable; desde donde se encontraba a la zona francesa no tardaría más de quince minutos y, por consiguiente, en un cuarto de hora podría considerarse a salvo.

La ingente cantidad de gasolina que transportaba le infundía un poco de temor, y más al no poder tirarla al aire con rapidez, pero, al parecer, no existía una amenaza tan urgente que justificara arrojar por la borda un buen montón de miles de francos.

Decidió esperar y, al emerger por encima de la capa de nubes, el sol le dio de lleno por la izquierda, ayudándole a despejar su mente de oscuras consideraciones.

Ajustó el rumbo y dio todo el gas. Cargado como iba, el anemómetro no pasaba de los 210 k/h, pero era suficiente.

El altímetro se estabilizó en 4.200 metros, y el cronómetro le decía que eran las 07.21 hora española: antes de las diez, estaría en Béchar.

BASE AÉREA DE *TAUIMA*

Rafael Martínez colgó el teléfono del bar de oficiales y se sentó, muy calmado, en una butaca, sin hacer caso del desayuno recién empezado.

Permaneció en silencio un rato. No estaba seguro de estar despierto o durmiendo todavía; la llamada de Vicente Peñafiel le había cogido tan de sorpresa que no acertaba a poner orden en sus ideas.

El avión contrabandista había escapado de Tetuán, y los cazas de *Sania Rámel* no podían despegar a causa del mal tiempo. Era una burda excusa, lo sabía, una prueba más de las zancadillas que se tendían al paso de la justicia: si el correo estraperlista estaba volando, ¿cómo era que los *Messerschmitt* de *Sania* estaban en el suelo?

Pero en *Tauima* había aclarado algo, y por eso todos los pilotos designados para ello estaban listos para recibir la orden de comenzar sus vuelos; tan sólo había una pega: el campo empapado de agua.

Los tres He-112B —el cuarto se encontraba en reparación—, estaban preparados, repostados y, dos de ellos, armados con su dotación de proyectiles de 12,70 milímetros de las ametralladoras, para llevar a cabo un ejercicio de tiro al blanco. No podía estar así, vacilando, ni esperar que la torre diera luz verde a su despegue. Por la hora que era, calculó que el francés estaría sobrevolando el Sur de los montes del Rif, más abajo de Xáuen; demasiado cerca de la frontera; pero, si él despegaba y volaba a la máxima velocidad...

—¡Eh, Rafa! —le llamó Quintana, sentado a su lado y ensimismado con la expresión de su amigo— ¿En qué estás pensando?

—En nada —respondió, aunque, súbitamente decidido, apoyó su mano en el hombro del otro—. Mira, Luis, no preguntes nada; si acaso alguien se interesa por mí o por el avión, dices que voy a hacer una prueba de motor.

—¿De motor? ¿De qué avión? Oye, ¿de qué hablas...?

Rafael Martínez salió del bar y echó a correr hacia los hangares ante la atónita mirada de su compañero.

En 1947, en el aeródromo de Tauima, cerca de Melilla, el material de vuelo se va volviendo obsoleto, agotado el remanente de la guerra civil. En la Argelia francesa, las empresas postales recurren a la aviación para enlazar la costa norte con las remotas soledades del interior sahariano, usando excedentes bélicos y pilotos veteranos en paro.

Cita en el aire, cuenta la historia del encuentro repetido de un piloto español y uno norteamericano que vuela para *Air Touareg*, nombre bajo el que se oculta una perfecta red de contrabando



Westland Lysander



FIAT CR-32

SNCA Mehari



Heinkel HE-112 B